

* * *

Los hombres gastan las horas fugitivas en satisfacer sus locas pasiones, en locas voluptuosidades, creyendo que Dios los echó al mundo sólo para gozar de los cantos, de los banquetes, de las risas y de la hermosura.

* * *

Consuma el hombre inútilmente la vida entregándose a los placeres. ¿Está seguro de vivir mañana? ¿Está seguro de vivir hoy? Malgastando sus días, ¿sabe qué es lo que malgasta? No cuenta su número, pero lo cuenta Dios.

* * *

Apenas le ocurre un pensamiento serio, cuando, en un banquete que satisface sus deseos, embriagado, en él comprende que se le debilita la cabeza y que caen al mismo tiempo las flores que le coronan y sus propios cabellos.

* * *

Cuando todos sus proyectos, uno tras otro, prematuramente se deshacen; cuando ve morir sus ilusiones; cuando conoce que el nivel de sus días, que se escurren, baja rápidamente como un torrente en el verano,

* *

Entonces, extrañándose, parece que reclama, y pregunta:—

«¿He apurado todo ese licor? ¿No tengo ya vino para aplacar mi sed, ni amor para saciar mi alma? ¿quién ha vaciado al mismo tiempo mi copa y mi corazón?»

* * *

Al ver que nadie le contesta, sumido en la tristeza, con la frente pálida, débiles las manos, helado su aliento, vanamente remueve dentro de sí mismo el montón de cenizas del fuego extinguido que se llama ayer.

II

Así transcurre para nosotros la vida; pero vos, dotada de alma fuerte y de corazón magnánimo, exclamáis:—«Nada me importa que el tiempo huya sin cesar y que su soplo arrastre a su paso, a través de la duración y del espacio, los hombres y los días.»

* * *

Porque tenéis afición a lo único que puede vivir, inclináis la frente sobre el libro del Dante o sobre las notas de Mozart. Sois apasionada por todo lo inmortal, y nada de lo que el tiempo arrebatara atrae vuestros pensamientos.

* * *

Algunas veces, cuando el espíritu os conmueve, ardientes cantares se escapan de vuestra alma, música que entona cantos irresis-

tibles, cuyos sonos, que son más ligeros que el alma de los céfiros, palpitan y hacen vibrar como li-ras las fibras de nuestros corazones.

* * *

En este siglo en cuyo horizonte brillan relámpagos, en el que el mundo, lanzado de tempestad en tempestad, clama presa del terror, en medio de la noche, que se condensa más y más a cada momento, conseguís conservar una serenidad que atraviesa sin turbarse la borrasca exterior.

* * *

Vivid siempre así, consagrada a la familia, que es el centro a cuyo alrededor todo gravita y brilla; seguid prodigando la indulgencia y economizando el vituperio; seguid siendo la mujer de corazón grave y cariñoso, que es seria para con el hombre y juguetona con el niño,

* * *

Ya que para conservar la belleza del alma, para llenar el corazón y la cabeza de pensamientos nobles tenéis lo que en el mundo, después de Dios, es más querido y más sagrado, un padre con cabellos blancos.

31 de diciembre de 1831.

XXXVIII

LA DUDA

A LUISA B.

En nuestros días—compadecednos, mujer tierna y noble,—el interior del hombre presenta un sombrío cuadro, en el que una serpiente visiblemente aparece en el manantial del agua, y la incredulidad se arrastra en el fondo de nuestro corazón.

* * *

Vos, que nunca contestáis con una sonrisa sarcástica a las aflicciones que perturban las almas; vos, que vivís siempre serena, atenta y oculta; que juntáis a una inteligencia varonil, el delicado corazón propio de la mujer;

* * *

Si me preguntáis vos, que sois musa, a mí, que soy poeta, por qué vivo agitado, por qué está mi frente sombría, por qué en la inquietud se arrastra mi vida como en el aire una rama desgajada, por qué quiero saber qué es lo que murmuran los vientos, por qué continuamente permanezco en vela meditabundo, o por qué despierto de mi sueño antes que los pájaros y antes que los niños;

**

Por que cuando la bruma ha desgarrado sus velos yo visito los valles y contemplo sucesivamente la alfombra que forman las flores y la bóveda tachonada de estrellas, os diré: que dentro de mí llevo un enemigo, la duda, que me arrastra a vagar por el bosque sombrío, espectro miope y sordo, formado de luz y de sombra, que me muestra y me oculta a un mismo tiempo todo a medias;

**

Os diré que pregunto a cada instante a un instinto interior que balbucea prisionero de mis sentidos, combatido por la necesidad de creer y el deseo de negar, y que el espíritu se ríe del corazón que llora.

**

Por eso veis que hablo con frecuencia en voz baja, y que como el mendigo hambriento que delira, sentado en el umbral de una puerta cerrada, parece que como él espero a alguien, que no la abre nunca.

**

¡La duda! Palabra fúnebre que en letras flamígeras veo escrita en todas partes, en el alba, en el relámpago, en el azul de ese

cielo misterioso y claro que es transparente para los ojos, pero impenetrable para las almas

**

Este es el martirio que nosotros, hijos de las pasiones, sufrimos, nosotros, cuyo espíritu no puede tener vuestra serenidad sublime; nosotros, cuya cuna, peligrosamente suspendida sobre el abismo, flotó sobre el mar proceloso de las revoluciones.

**

Las supersticiones, esas repugnantes víboras, hormiguean en nuestro cerebro, matando todo germen, y arrastramos en nuestros corazones el cadáver putrefacto de la religión, que vivía en el alma de nuestros padres.

**

He aquí por qué camino triste y meditabundo, por qué con frecuencia miro y escucho por la noche, y solitario vago al azar por un sendero durante las horas en las que aquel que pasea es sospechoso.

**

¡Dichoso aquel que puede amar, y que en su noche oscura, al buscar la fe, puede encontrar el amor; al menos a ese le ilumina la luz de una lámpara, mientras espera que le alumbre el día!

¡Dichoso es ese coazón! Amar, es casi creer.

13 de octubre de 1835.

XXXIX

DATE LILIA

Si encontráis en alguna parte una mujer de frente pura, de paso grave, de ojos tiernos, acompañada por cuatro niños, de los que el último apenas sabe andar, que los vigila a todos, y que si pasa por su lado algún anciano mendigo pone una humilde limosna en manos del niño pequeño para que se la dé; si cuando se zahiere a un hombre bien reputado esta mujer oye en silencio la diatriba, duda de lo que oye, y después os dice: —«Esperemos para juzgar. ¿Quién es capaz de emitir un juicio imparcial? Hay gran tendencia a deslucir todo lo que brilla: la alabanza es tarda y el vituperio vuela.»—Si cuando un recuerdo, o quizás un remordimiento, o tal vez el acaso os conducen a la ciudad de los muertos, y veis, al doblar una de sus recónditas calles, rezar junto a una tumba, con sus hijos, a un ser gracioso, que llora sonriendo; si de su seno destrozado, el dolor y el éxtasis se desbordan, como sale el agua por las resquebrajadas duras de un vaso; si nada le queda

en el mundo a ese inconsolable ángel; si empañados por el llanto sus ojos castos, con más frecuencia se elevan hacia el cielo que se inclinan hacia la tumba, con tanta pesadumbre, que su corazón parece que no haya elegido aún entre su madre que está en el cielo, o sus hijos que viven en la tierra; si cuando, por la Pascua o por la Navidad, la iglesia, al caer la noche, se llena de pasos confusos y de cirios llameantes; cuando el humo a la manera de una nube sale de los incensarios; cuando en medio de los cánticos de los hombres, de las mujeres y de los niños, un alma sale de todas esas almas; si lejos de la muchedumbre, tras una columna obscura, veis sobresalir, por encima de cuatro cabezas de niños agrupados, otra cabeza de miradas puras, en las que se confunden la claridad virginal con la luz de la maternidad, ¡oh! quienquiera que seáis, bendecidla, que es ella, la hermana de mi alma inmortal, mi orgullo, mi esperanza y mi refugio. ¡Es ella! La virtud que se inclina hacia mí, la figura de alabastro escondida en mi propio hogar; el árbol que por el camino que yo recorro vierte a menudo sus frutos y su sombra siempre; la mujer que encuentra en mi alegría su felicidad suprema, y que si titubeamos mis hijos o yo, con sus palabras y sus miradas serenas, a ellos los sostiene de la mano y a mí me sostiene apo-

yando sobre el suyo mi corazón; partes; es en mi helada bruma la que si alguna vez mi inclinación me arrastra al mal, es la perfuma, y participa su naturaleza única que puede castigarme, pero leza del himeneo misterioso de que me perdona; que de mis proyectos descabellados me aparta esas dos cualidades: como flor pertenece a la tierra y como y me absuelve, a quien yo amo perfume al cielo. siempre y que me sigue a todas

16 de octubre de 1834.

FIN DE «CANTOS DEL CREPÚSCULO»

VOCES INTERIORES

PREFACIO

La Porcia de Shakespeare habla en alguna parte de cierta *música* que el hombre tiene dentro de sí. — «Desgraciado, exclama, el que no la oye!» — Pues esa música también se encierra en la naturaleza: si este libro representa algo, representa el eco, débil y confuso sin duda, pero fiel, del canto que responde en nuestro interior al canto que oímos fuera de nosotros.

Por lo demás, siendo este eco íntimo y secreto para el autor la poesía, este libro, excepción hecha de nuevos matices y de desarrollos que exige la época, es sólo la continuación de los precedentes. Lo que contiene, los otros lo contenían también, con la única diferencia que en las *Orientales*, por ejemplo, la flor está más abierta; en las *Voces interiores* la gota de rocío o de lluvia estará más oculta. La poesía es como Dios: una e inagotable.

Si el hombre oye una voz, si la oye la naturaleza, también la oyen los acontecimientos. El autor siempre ha creído que era la misión del poeta fundir en un

mismo grupo de cantos esa triple palabra que encierra una triple enseñanza: la primera se dirige particularmente al corazón, la segunda al alma y la tercera al espíritu. Tres radios de un solo círculo.

Además, en ese grupo, en la época en que vivimos, se encuentra al hombre comprendido enteramente bajo el triple aspecto de nuestra vida: El hogar, el campo y la calle. El hogar es nuestro propio corazón; el campo es donde nos habla la naturaleza, y la calle es la tormenta de los acontecimientos políticos.

Digámoslo de paso: en este choque de hombres, de doctrinas y de intereses, que se lanzan violentamente todos los días contra cada una de las obras que produce este siglo, el poeta ha de desempeñar una misión seria. Sin ocuparnos ahora de su influencia civilizadora, tiene la misión de elevar, cuando lo merezcan los acontecimientos políticos a la dignidad de acontecimientos históricos; para esto necesita abar-